



LECTURAS CRUZADAS. UNA APUESTA RELACIONAL

AUTOR

Sergio Tonkonoff

Universidad de Buenos Aires

IIGG / Conicet

Cómo citar este artículo:

Tonkonoff, S. (2019). Lecturas cruzadas. Una apuesta relacional,
Revista Diferencias, N. 9, pp 13-16.

Artículo

Recibido 03/11/2019

Aprobado 20/12/2019

Una afirmación de Deleuze puede oficiar de punto de partida: “basta con saber leer, por difícil que parezca”. La reflexión sobre la lectura se encuentra lejos de ser patrimonio suyo, pero fue el postestructuralismo francés una de las corrientes de pensamiento contemporáneo que más ha hecho para problematizar esta peculiar actividad. Y esto porque asumió a la lectura como un problema fundamental, desgajándola de la naturalización en la que siempre vuelve a replegarse. Otro tanto vale para el psicoanálisis, la fenomenología, el estructuralismo y la filosofía analítica. Ciertamente el marxismo culturalista también se ha mostrado permeable al asunto. En todos estos casos, tan dispares, se ha atacado de frente la cuestión de qué es leer y cómo hacerlo. Sucede que se trata de preguntas ineludibles. Se imponen como necesarias no solo para la práctica intelectual en lo que tiene de específica, sino para toda práctica, puesto que el lenguaje no es algo que pueda obviarse y el sentido nunca se da como un cuerpo transparente.

La actividad de la lectura es entonces universal. Se leen novelas, fórmulas matemáticas, partituras musicales tanto como economías, políticas, morales, artefactos, cielos y ciudades. Pero, al mismo tiempo, en torno al sentido de lo que se lee suceden al menos tres cosas cruciales: siempre se dice más de lo que dice, siempre hay algo que no sabe que se está diciendo, y siempre hay algo que sabe pero no se dice. A esas complejidades nos acostumbraron las corrientes teóricas mencionadas, haciéndonos perder la inocencia de creer en la posibilidad una lectura simple e inmediata de lo que sea.

También en América Latina encontramos desarrollos notables y originales a este respecto. Formas de ejercicio del lenguaje que pueden entenderse como respuestas a las preguntas qué significa leer y cómo hacerlo. Una de ellas es la literatura de Borges, y la otra el albur mexicano. Dos invenciones de estatuto heterogéneo, pero solidarias en el hecho de haberse producido como modelos originales de lectura, sin esperar a que la filosofía europea terminara de perder la fe en que “una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa”.

Las grandes tesis de Borges sobre la lectura son célebres y obran como antecedentes directos algunas de las proposiciones, no menos célebres, de autores como Derrida, Foucault, Barthes y Kristeva. Recuérdense al menos las siguientes entre dichas tesis: 1. El mundo es un texto (literario), lo que quiere decir, entre otras cosas, que no posee ni se apoya en sentidos trascendentales que puedan sostenerlo, y que, como tal, debe ser leído; 2. El discurso literario –y por extensión todo discurso– está hecho de citas, es un compuesto de remisiones, y no un bloque compacto creado *ex nihilo*. Habría acaso un grupo de metáforas originales de las que derivan todos los textos posibles, pero el hecho de que sean precisamente metáforas, y de que sus posibilidades de combinación y variación sean virtualmente infinitas, hace que la producción de sentido resulte tan permanente como

inacabada; 3. Por lo mismo, ninguna lectura puede establecerse como definitiva, última o final. Antes bien, el texto del mundo siempre se encuentra abierto a nuevas y diversas interpretaciones que un lector cualquiera puede otorgarle; 4. De manera que el privilegio del lector sobre el autor y la obra en la producción de sentido es una de las consecuencias fundamentales esta indefinición estructural del texto.

El albur, por su parte, es una práctica del lenguaje de orígenes populares, hoy ampliamente extendida en la sociedad mexicana. Una forma de hablar humorística o irónica, siempre maliciosa, habitualmente dominada por connotaciones sexuales y, acaso en menor medida, escatológicas. Pero su singularidad no radica en la temática “baja” de la que trata, ni en las intensiones lúdicas o agresivas que transporta. Tampoco en la función socialmente catártica y políticamente rebelde que, sin dudas, cumple. Tales son las características más generales del humor plebeyo, de las que el albur también participa. Su nota distintiva, pensamos, y aquello por lo cual viene al caso, son sus reglas. He aquí dos de las principales: no es posible hablar directamente de algo (cualquiera sea el tema), y están prohibidas las palabras soeces (sobre todo en temas soeces). Estamos pues ante un juego del lenguaje y un juego con el lenguaje, cuyo imperativo es el doble sentido. O mejor, la polisemia –porque en este arte sutil del ironizar popular, dos sentidos son pocos. Con todo y su indeterminación, el equívoco picaresco del albur siempre es claro para el interlocutor que no busque literalidad donde no la hay. Sus sentidos, a la vez disfrazados y descarados, fluidos y punzantes, unitarios y múltiples, son capaces de atravesar fronteras sociales y morales, y depositar, del otro lado, su mácula evanescente. El juego de alburear no es otro que el de producir claros mensajes equívocos, y en saber leerlos (por difícil que parezca).

Sirva lo anterior como modo de introducir extrañeza donde había familiaridad (el lenguaje, la lectura), y para añadir, también, que la práctica de leer implica siempre un método. Un cierto modo de abordaje, que puede o no ser conocido por sus ejecutores, pero que comporta unos puntos de vista y procedimientos definidos. No pocas veces posee, además, un valor heurístico. Esto quiere decir que un método o estilo de lectura es una regla de orden, pero también suele ser un medio de descubrimiento. En el caso de la teoría social hay una prescripción de reflexividad sobre los métodos empleados: resulta imprescindible leer, pero también saber cómo se lee. En este tipo de práctica social, el abordaje a un objeto comporta diversos tipos de aproximación necesariamente condicionados por el andamiaje conceptual desde el cual se realiza. Allí tenemos, por ejemplo, las lecturas fenomenológicas, analíticas, psicoanalíticas, esquizoanalíticas y deconstructivas, tanto de la vida social como de los libros que han hablado sobre ella.

Pero todavía hay algo más. Junto con los diversos métodos o estilos generales de lectura, epistemológicamente orientados, puedendistinguirse diversas técnicas de lectura.

Artificios prácticos de los más variados, que no son privativos de un abordaje teórico o de una estrategia epistémica determinada. Antes bien, se trata de técnicas transversales pasibles de utilizarse en el marco de distintos paradigmas. Una de ellas es la que puede llamarse “lectura cruzada”. Podemos esbozar una pequeña tipología a mano alzada de sus posibilidades. Una de sus formas más habituales consiste en comparar textos diversos, buscando similitudes y diferencias (lectura “en paralelo”, por así decirlo). Otra, en leer unos textos desde otros: “desde arriba” si se pretenden interpretaciones o se procuran filiaciones; “desde abajo” si se quiere descubrir fundamentos. También suele provocarse la confrontación entre posiciones, de formas que van desde la polémica hasta la guerra. No faltan tampoco las puestas en comunicación amistosas –o incluso amorosas– entre textos. Todo ello está lejos, por cierto, de agotar las posibilidades de cruce. Los textos pueden también hibridarse, constelarse, atravesarse o destituirse, a través de su lectura. Y en general, las buenas lecturas cruzadas hacen un poco de cada cosa, en distintas medidas y según diversas combinaciones.

Lectura cruzada puede ser la denominación de una práctica cuya característica principal es la de ser constitutivamente relacional. Un hacer que busca y encuentra el sentido (o si se quiere, la verdad) en la relación entre los textos que vincula. Pero entonces, la lectura cruzada no es solo una técnica de lectura, implica una respuesta a la pregunta qué es leer. Respuesta que puede enunciarse así: leer es poner en relación.



